

Resumen

En la campaña electoral previa a las elecciones generales españolas de marzo de 2008, los sondeos celebrados tras los dos debates electorales entre el candidato socialista, J. L. Rodríguez Zapatero, y el candidato conservador, M. Rajoy, dieron la victoria al primero de ellos. El presente trabajo analiza aquellos debates para hallar puntos fuertes y puntos débiles en la actitud discursiva de los oradores y desentrañar, así, las claves de dicha victoria. El análisis se realiza en tres planos: en primer lugar se analizan los tipos de contenido y la estructura de las intervenciones de los oradores; en segundo lugar, la firmeza o debilidad discursiva y la velocidad en la elocución; por último, cuestiones de imagen. En el conjunto de la investigación se combina una metodología cuantitativa con análisis de índole cualitativa.

Palabras Clave

Debate, campaña electoral, análisis cuantitativo, turno de habla, estrategia discursiva

Abstract

In the election campaign before the Spanish general elections of March 2008, the surveys conducted after the electoral debate between the Socialist candidate, J. L. Rodríguez Zapatero, and the Conservative candidate M. Rajoy, presaged that the former would be the victor. This paper analyses these debates in order to find strong and weak points in the discursive attitude of these orators and, in this way, unravel the keys to the aforementioned victory. This analysis is three-fold: first the types of content and the structure of the orators' interventions are studied; secondly, the discursive firmness or weakness and the speed of diction are examined; and lastly, the issue of image is analysed. The whole of this research project combines quantitative methodology with a qualitative type of analysis.

Key words

Debate, election campaign, quantitative analysis, conversational turn-taking, discourse strategy

1. Introducción

El análisis discursivo de la comunicación política es un campo investigador que cuenta ya con una importante tradición y un amplio abanico de aspectos sometidos a análisis (Chilton y Schäffner 2002, Wilson 2003, Lauerbach y Fetzer 2007), prestando especial atención a las campañas electorales, sin duda momentos de protagonismo esencial de la actividad discursiva en la vida política. Dentro de este interés general por la comunicación política, dos géneros discursivos han recibido una significativa atención individualizada: la entrevista (Blum-Kulka 1983, Morales y Prego 2002, Becker 2007) y el debate (Verschueren 1979, Jaworski y Galasinski 2000, Blas 2003), ambos abordados ampliamente por el autor de este artículo en diversos trabajos previos (por ejemplo, Fernández 2000). De las distintas manifestaciones que adopta la comunicación política, y concretamente la comunicación político-electoral (dentro de los dos géneros mencionados y de otros, como el mitin), hay una que ha atraído especialmente el interés de los investigadores: el debate cara a cara entre candidatos a la presidencia.

Dichos debates, con amplia tradición en Estados Unidos, se vienen configurando, cada vez más, como una pieza clave de los procesos electorales en el resto de las democracias occidentales. Según he escrito en otro lugar (Fernández, en prensa), se trata de eventos de una enorme trascendencia mediática, en los que los candidatos se juegan una parte nada insignificante de sus opciones de victoria. En el caso de las elecciones generales españolas del 9 de marzo de 2008, el Partido Socialista (en adelante, *PSOE*) y el Partido Popular (en adelante, *PP*) se hallaban, prácticamente, en un empate técnico en la mayoría de los sondeos sobre intención de voto en los meses previos a las elecciones; sin embargo, tras los dos cara a cara entre José Luis Rodríguez Zapatero (presidente en funciones y candidato del PSOE, en adelante *RZ*) y Mariano Rajoy (candidato del PP, en adelante *MR*), las urnas dieron al primero una victoria relativamente holgada, con un 3,5 % de diferencia y casi 900.000 votos en términos absolutos.

Resulta imposible conocer con exactitud el impacto que los debates pudieron tener en el resultado final, pero hubo de ser significativo, pues el hecho de que el empate se deshiciera en las urnas corrió parejo con la circunstancia de que, en los dos debates celebrados, las audiencias dieron como ganador al candidato socialista. Tomando como referencia los cuatro medios de comunicación

nacionales cuyos sondeos relativos a ambos debates fueron ampliamente difundidos (dos de prensa, *El País* y *El Mundo*, y otros dos de televisión, *Cuatro* y *La Sexta*), RZ fue dado como vencedor por todos ellos en los dos casos, con diferencias porcentuales que oscilaban entre los 3,5 y los 14,6 puntos para el primer debate (8,52% de promedio) y los 8,8 y los 21,8 para el segundo (16,25% de promedio). En el promedio general entre los sondeos de los dos debates, las audiencias dieron como vencedor a Zapatero por un 12,39% de diferencia.

Probablemente nadie pondrá en duda la complejidad de dictaminar, en términos objetivos y absolutos, quién resulta vencedor en un evento de este tipo. Buena prueba de ello es que parece más que difícil imaginar a una formación política sosteniendo que su candidato ha perdido: todos ganan, siempre. Ahora bien, si no existe un marcador, como en una competición deportiva, sí que existe un objetivo definido, que, obviamente, no es otro que lograr adeptos, conseguir votos. El vencedor no será, pues, otro que aquél que logre atraer a más votantes a su posición, aquél que resulte, en general, más convincente. Desde esta perspectiva, por consiguiente, puede sostenerse que RZ ganó en los debates electorales de 2008. Y ahora viene la pregunta: ¿por qué ganó? Es decir, ¿qué movió a las audiencias a auparlo al puesto de ganador? El objetivo de este trabajo es intentar responder a este interrogante, hallar algunas de las claves que pudieron hacer a la audiencia considerar superior a uno de los oradores en la pugna dialéctica. Para ello, analizaremos distintos aspectos de los debates, intentando aislar puntos fuertes y puntos débiles en la actitud discursiva de los contendientes.

2. Los debates

Los líderes de los dos partidos españoles con mayor representación parlamentaria se enfrentaron en dos debates cara a cara organizados por la Academia de las Ciencias y las Artes de la Televisión, celebrados, respectivamente, los días 25 de febrero y 3 de marzo de 2008, dos lunes consecutivos y a seis días de las elecciones el segundo de ellos. Fue la segunda vez en la historia democrática española en que esto ocurría, tras los cara a cara que, en 1993, enfrentaron al entonces presidente Felipe González (PSOE) con el aspirante José María Aznar (PP). Los dos debates tuvieron una estructura casi idéntica. El moderador del primero fue Manuel Campo Vidal, la moderadora del segundo Olga Viza, en ambos casos periodistas de prestigio. El escenario fue, en apariencia, exactamente el mismo,

aunque se hallaba ubicado en distintos lugares en uno y otro debate. Candidatos y moderador/a se sentaban a una misma mesa (rectangular), el primero en una posición central y los segundos frente a frente, intercambiando sus posiciones (izquierda y derecha, según la visión en pantalla) del primer debate al segundo. La duración también fue muy semejante, en torno a los 90 minutos de debate efectivo en ambos casos.

En cuanto a la organización interna de lo que fueron propiamente los debates, se caracterizó por la homogeneidad y simetría de sus partes, con cinco bloques temáticos de igual duración, precedidos por una intervención introductoria de cada candidato (de tres minutos) y seguidos por sendas intervenciones de cierre (también de tres minutos). Cada uno de los cinco bloques centrales concedía cuatro turnos a cada candidato, los tres primeros de dos minutos y el tercero (el cierre de cada sección) de un minuto. Todos los pares de turnos del conjunto del primer debate fueron comenzados por MR, siendo al revés en el segundo, y en ambos casos hubo una pausa publicitaria tras la conclusión del tercer bloque.

Los debates despertaron una enorme expectación social y tuvieron un alto seguimiento. Según explicaron los moderadores al comienzo de cada uno de ellos, fueron numerosísimos los medios de comunicación que los cubrieron, tanto españoles como extranjeros, entre cadenas de televisión, emisoras de radio y medios digitales. Tres canales nacionales españoles de televisión los retransmitieron (*La Primera, Cuatro y La Sexta*), reuniendo, entre los tres, más de 13 millones de espectadores en el primero y cerca de 12 millones en el segundo, con cuotas de audiencia del 60% y el 55% respectivamente.

3. Cuestiones teórico-metodológicas y puntos de partida

El presente trabajo se enmarca en el campo de las investigaciones discursivas, con una técnica heurística apoyada en principios de la pragmática lingüística, el análisis de la conversación y la lingüística textual. Su corpus de trabajo lo constituyen los dos debates descritos en el apartado 2, que suman, aproximadamente, tres horas de elocución. Se partió de su almacenamiento y tratamiento en soporte digital, procediéndose a una transcripción del audio, enriquecida posteriormente con numerosas acotaciones a partir de sucesivas visualizaciones del vídeo.

La investigación parte de una serie de ideas más o menos intuitivas acerca de la percepción que los espectadores pudieron tener de uno y otro candidato a lo largo del desarrollo de los debates, a partir de las cuales se han desarrollado diversos análisis combinando una metodología cuantitativa con observaciones cualitativas. Entre dichas ideas de partida figuran las siguientes:

1. MR pareció constantemente al ataque, ofreciendo una apariencia mucho más destructiva que su adversario, con el objetivo esencial de dañar su imagen y sin ofrecer apenas un discurso constructivo. RZ, sin embargo, sin dejar de atacar a su oponente, dio una apariencia más constructiva. A ello se suma que MR pareció también más duro, más agresivo que RZ.
2. RZ construyó un discurso retóricamente más atractivo, más brillante, frente a un discurso más neutro de MR. Éste último, además, se mostraba nervioso e inseguro, incluso desconcentrado en algunos momentos, frente a una imagen de mayor aplomo y autoconfianza de RZ.

4. Contenido y estructura de los turnos

Nuestro primer acercamiento analítico a los debates abordará cuáles fueron las líneas maestras de actuación de uno y otro orador, es decir, a qué tipos de contenido dedicaron principalmente su elocución y cómo estructuraron sus turnos, a partir de un análisis cuantitativo-cualitativo. Dos son las principales categorías de contenido que pueden esperarse en la elocución de un candidato en un debate político-electoral: que ataque al adversario, por un lado, y que defienda sus propias posiciones, por otro. El ataque, indudablemente, es herramienta clave para el orador en el debate¹, pues no sólo daña la imagen del adversario sino que, además, le obliga a defenderse, hecho que le resta tiempo y energías para desplegar sus propias estrategias, ya sean de ataque ya sean de puesta en valor de sus posiciones; por otro lado, también ha de esperarse del orador político en el debate que rinda cuentas sobre su acción pasada y que realice propuestas de futuro, es decir, que muestre no sólo por qué no hay que votar a su adversario sino también por qué hay que votarlo a él.

¹ En Fernández (en prensa) se sostiene y desarrolla la idea de que el desacuerdo y la crítica son pieza esencial de la configuración del debate político electoral.

A partir de esta consideración de partida, hemos establecido cuatro categorías de contenido, para después pasar a cronometrar minuciosamente cada una de las intervenciones de los oradores en los dos debates y asignar tramos de tiempo a cada categoría. Se ha generado, así, una compleja tabla de datos en la que se refleja, en segundos, el tiempo dedicado a cada categoría de contenido por cada uno de los dos oradores en cada uno de los cuatro turnos de cada uno de los cinco bloques (además de las intervenciones de inicio y cierre) de cada uno de los dos debates. Las categorías de contenido en las que se ha dividido el tiempo de elocución de los oradores han sido definidas, pues, a partir de las dos funciones discursivas esenciales del debate político, el ataque y la defensa, y son las siguientes:

1. Crítica al adversario.
2. Defensa de lo hecho y propuestas de futuro.
3. Contraposición nosotros/vosotros.
4. Otros.

Se trata de categorías muy generales, que incluyen, cada una de ellas, un amplio abanico de contenidos. Dentro de la *crítica al adversario* se engloba todo lo que suponga una consideración negativa de su persona, su formación política o su entorno, como su gestión pasada, sus propuestas de futuro, sus ideas, su actitud discursiva, etc.; en definitiva, cuando el discurso es esencialmente destructivo, intentando dañar al adversario. En el plano contrario, por *defensa de lo hecho y propuestas de futuro* se entiende todo pasaje de elocución en el que el orador se dedica a poner en valor su gestión pasada (la de su partido, sus compañeros, etc.), las ideas defendidas o acciones realizadas, así como todo lo relativo a promesas electorales, acciones previstas, etc.; en definitiva, cuando el discurso se centra esencialmente en promover una visión positiva del propio orador y lo que le rodea. La tercera categoría, *contraposición nosotros/vosotros*, engloba la ejecución de las dos tareas anteriores de forma simultánea y contrapuesta, es decir, cuando el orador ejecuta paralelamente la puesta en valor de las propias posiciones y el ataque al adversario. La categoría *otros*, por último, recoge el tiempo de elocución cuyo contenido no puede asignarse a ninguna de las

categorías anteriores (por ejemplo, cuando se realiza un preámbulo), resultando bastante marginal en el conjunto de los debates².

4.1. Análisis cuantitativo global

Lo primero que llama la atención cuando se analizan los datos es que, manifiestamente, MR hubo de dar la apariencia de ser más crítico y destructivo que su oponente. La tabla 1 muestra los datos correspondientes al tiempo que los oradores dedicaron, en exclusiva, a criticar al adversario o bien a defender su gestión y realizar propuestas de futuro:

TABLA 1. Tiempo dedicado monográficamente a “crítica” y “lo hecho/futuro”

	CRÍTICA			LO HECHO / FUTURO		
	Debate I	Debate II	Media	Debate I	Debate II	Media
RAJOY	71,33%	54,24%	62,79%	11,68%	16,97%	14,32%
ZAPATERO	21,15%	23,16%	22,15%	28,15%	46,55%	37,35%

Los datos son elocuentes. MR dedicó más de la mitad de su tiempo en ambos debates, y casi tres cuartas partes en el primero, exclusivamente a criticar a su adversario, mientras que RZ se mantuvo en niveles que, de media, se situaban en poco más de una tercera parte de su oponente (22,15% frente a 62,79%). En el plano opuesto, el referido al tiempo que dedicaron en exclusiva a la defensa de lo hecho y a propuestas de futuro, las proporciones se invierten, siendo RZ el que no anduvo muy lejos de triplicar las proporciones de su adversario (de media 37,35% de RZ frente a 14,32% de MR).

Ello no quiere decir que el presidente en funciones no atacara al candidato opositor; sí que lo hizo, desde luego, más allá de lo que reflejan las cifras de la tabla 1, pero ejerció la crítica preferentemente de una forma distinta, a saber, combinándola con la defensa de las propias posiciones (contraposición nosotros/vosotros), tal y como muestra la tabla 2:

TABLA 2. Tiempo dedicado a la “contraposición nosotros/vosotros”

	CONTRAPOSICIÓN NOSOTROS/VOSOTROS		
	Debate I	Debate II	Media
RAJOY	13,61%	27,95%	20,78%
ZAPATERO	49,01%	25,39%	37,20%

² El tiempo de elocución dedicado a *otros* resulta poco significativo, siendo, de media entre los dos debates, de un 2,11% en el caso de MR y un 3,29% en el caso de RZ. Por ello, y con intención de evitar la acumulación de datos no relevantes, los porcentajes correspondientes a esta categoría serán omitidos de las sucesivas tablas que se presentarán en las próximas páginas.

Esta manera de proceder ofrece una doble ventaja, pues hace parecer al orador menos destructivo (ya que el ataque no es el objetivo único de su elocución sino sólo una parte del planteamiento) al tiempo que le permite resaltar los méritos propios al aparecer contrapuestos a los deméritos ajenos. De hecho, probablemente MR lo apreció así, pues el significativo descenso, entre el primer debate y el segundo, en el tiempo que dedicó al ataque en exclusiva (de un 71,33% a un 54,24%, es decir, un 17,09% -tabla 1-), lo dirigió en ostensible mayor medida a la contraposición nosotros/vosotros (que se duplicó -tabla 2-) que a la defensa de las propias posiciones (lo hecho/futuro) en exclusiva (cuyo aumento no llegó a un tercio -tabla 1-).

No obstante, incluso teniendo en cuenta la importancia que, en el caso de RZ, tuvo (sobre todo en el primer debate) la contraposición nosotros/vosotros, el porcentaje de elocución que MR dedicó a atacar a su adversario fue mucho mayor y, a la inversa, fue mucho menor el tiempo que dedicó a defender sus propias posiciones. Así, si dividimos entre dos el tiempo que dedicaron a este ataque/defensa combinado y sumamos dichas mitades al tiempo que dedicaron, respectivamente, a la crítica y a lo hecho/futuro, obtenemos los siguientes porcentajes:

TABLA 3. Tiempo dedicado a “crítica” y “lo hecho/futuro”, una vez incorporados los porcentajes correspondientes a la “contraposición nosotros/vosotros”

	CRÍTICA			LO HECHO/FUTURO		
	Debate I	Debate II	Media	Debate I	Debate II	Media
RAJOY	78,14%	68,21%	73,18%	18,48%	30,94%	24,71%
ZAPATERO	45,66%	35,86%	40,76%	52,65%	59,25%	55,95%

Huelga decir que resulta esperable que el líder de la oposición ataque la gestión del gobernante, y un buen desgaste en este sentido puede proporcionar beneficios electorales, como ocurrió, por ejemplo, en el primer cara a cara entre González y Aznar en 1993 (Cocho y Villamor 1993). Como señala Blas (2001: 42), Aznar fue manifiestamente más agresivo que González en los dos debates que mantuvieron, hecho al que encuentra dos explicaciones: por un lado, la opción del tipo de retórica interpersonal escogida y, por otro, el desempeño del papel institucional de candidato opositor. Es esperable, en consecuencia, la actitud crítica del aspirante; ahora bien, un exceso en esta línea de actuación puede tener un efecto contraproducente: un dirigente político que dedica casi tres cuartas partes de su tiempo a atacar a su adversario y apenas un 25% a defender su acción pasada y sus

propuestas de futuro puede dar la impresión de tener poco que ofrecer. O, por decirlo de otro modo, un aspirante a presidente ha de mostrarse como un hombre de estado y dicha imagen no puede cimentarse sobre una actitud casi monográficamente destructiva. De hecho, MR optó por ser algo más constructivo en el segundo debate: redujo un 17,09% la crítica exclusiva, reemplazándola por un aumento (14,34%) en la contraposición nosotros/vosotros (tablas 1 y 2); y, en el cómputo general (tabla 3), redujo la crítica (9,93%) y aumentó lo hecho/futuro (12,46%). Probablemente, no obstante, esta compensación fuera insuficiente, y ello por dos motivos: en primer lugar, porque sus porcentajes de actitud destructiva/constructiva siguieron estando muy descompensados con los de RZ; y, en segundo lugar, porque mantuvo la misma línea de agresividad discursiva del primer debate, como después comentaremos.

Por su parte, RZ, mostró, según queda señalado ya más arriba, una clara preferencia por la contraposición nosotros/vosotros en el primer debate, que se redujo más que apreciablemente en el segundo (de un 49,01% a un 25,39% tabla 2-). Esta alteración se vio acompañada, en ese segundo debate, por una reducción, en el cómputo general (tabla 3), del tiempo dedicado a criticar a su adversario (reducción de un 9,80%) y por un aumento del tiempo dedicado a lo hecho/futuro (aumento de un 6,60%). Y la actitud discursiva de cada debate respondió a sendas estrategias no sólo prediseñadas de antemano sino incluso explícitas. Así, en los respectivos turnos de introducción de los debates, RZ marcó dichas líneas de actuación:

(1) Debate I

“Es la primera vez que en los treinta años de democracia comparecemos como candidatos a la Presidencia del Gobierno dos personas que han estado en el gobierno y en la oposición. Por tanto, se nos va a poder examinar no sólo por lo que decimos, sino también por lo que hemos hecho en el gobierno y en la oposición.”

(2) Debate II

“El lunes pasado expliqué la gestión realizada durante estos cuatro años y rendí cuentas de lo llevado a cabo. Esta noche, me propongo explicar cuál es mi proyecto político para los próximos cuatro años.”

El plan parecía ser, pues, el de atacar más a su adversario en el primer debate, pero aprovechando las ventajas de la contraposición nosotros/vosotros, para, una vez hecho el daño, ofrecer una imagen de sólido gobernante en el segundo.

En términos generales, por tanto, aunque ambos tendieron a ser más constructivos en el segundo debate (reduciendo la crítica y aumentando lo hecho/futuro; véanse tablas 1 y 3), MR ofreció una

aparición demasiado destructiva, por sí mismo y en comparación con su adversario, en el conjunto de los dos debates. Pero hay hechos concretos, además, que pudieron ser desencadenantes de esta impresión. Por ejemplo, el desequilibrio extremo que se produjo en el primer debate entre el tiempo que uno y otro dedicaron en exclusiva a atacar al contrario (tabla 1): 71,33% de MR frente a 21,15% de RZ; o el desequilibrio, en el segundo debate, en los tiempos dedicados en exclusiva a defender las propias posiciones (tabla 1): 16,97% de MR frente a 46,55% de RZ.

4.2. Análisis cuantitativo transversal

Los datos ofrecidos hasta aquí corresponden a la globalidad de cada debate. Vamos a realizar ahora un análisis transversal, observando tramos de elocución determinados en ambos debates y por bloques. Comencemos por los turnos introductorios. Ninguno de los oradores en ninguno de los debates realizó contraposición nosotros/vosotros en la introducción: sólo ataque, defensa de las propias posiciones y otros. Los porcentajes de tiempo que dedicaron a las dos primeras categorías fueron los siguientes:

TABLA 4. Tiempo dedicado a "crítica" y "lo hecho/futuro" en los turnos introductorios

	CRÍTICA			LO HECHO/FUTURO		
	Debate I	Debate II	Media	Debate I	Debate II	Media
RAJOY	100,00%	86,81%	93,41%	0,00%	6,59%	3,30%
ZAPATERO	35,06%	0,00%	17,53%	47,13%	74,12%	60,62%

Esta toma de contacto inicial con las audiencias pudo marcar ya, claramente, la percepción de los oradores por parte de los potenciales votantes. Más allá de que se observe, aquí también, la tendencia a un discurso más constructivo en el segundo debate, resulta manifiesta la postura de MR: absolutamente concentrado en la crítica, en el discurso destructivo, al que dedicó la totalidad de su tiempo en el primer debate y un altísimo porcentaje en el segundo (86,81%). RZ, por su parte, dedicó casi la mitad de su tiempo en el primer debate a la defensa de las propias posiciones (47,13%), elevando este porcentaje en el segundo hasta un 74,12%, mientras que las críticas, que fueron importantes en el primero (35,06%), desaparecieron por completo en el segundo.

Esas críticas que RZ vertió en la introducción del primer debate respondían al plan que él mismo acababa de hacer explícito y al que nos hemos referido más arriba (véase 4.1.). En ese turno, dedicó

Los debates Zapatero /vs/ Rajoy de 2008. Claves discursivas de una victoria

31'' a un preámbulo en el que, entre otras cosas, profirió el pasaje (1) antes citado, lanzando la idea de que los contendientes habían de ser juzgados comparativamente por sus actitudes pasadas tanto en el gobierno como en la oposición. Consecuentemente con ello, RZ ejecutó una estructura de contenido que repetiría en diversos turnos posteriores: un primer tramo de defensa de las propias posiciones (1'22''), seguido de un cierre crítico hacia el adversario (1'01''). Se trata de una estructura interesante, que le permitía mostrarse como un hombre de estado, defendiendo su gestión y con propuestas de futuro, al tiempo que, una vez hecho esto, debilitar la posición de su adversario. En la introducción del segundo debate, RZ abandonó por completo la crítica, dedicando 2'06'' a lo hecho/futuro y, tras ello, 44'' a un importante golpe de efecto: a presentar el "libro blanco" en el que ofrecía, negro sobre blanco, todos los datos que había utilizado en el primer debate y los que iba a utilizar en el segundo, como prueba de su transparencia y credibilidad (datos que puso a disposición de la audiencia por internet). Así pues, en la apertura del segundo debate, tras las favorables encuestas del primer enfrentamiento, RZ parecía mostrarse muy seguro de sí mismo, sin considerar siquiera necesario criticar a su oponente en ese comienzo. Por su parte, MR, según queda dicho, dedicó a la crítica la totalidad de su turno introductorio en el primer debate y la gran mayoría en el segundo.

Pasemos ahora a centrarnos en los cinco bloques temáticos que constituyeron el núcleo de cada debate. Recordemos que los pares de turnos fueron comenzados en todos los casos por MR en el primer debate y por RZ en el segundo. Y resulta muy interesante observar las distintas estrategias que los oradores desplegaron en una y otra circunstancia. Vayamos a los datos del primer debate, considerando los tiempos que cada uno de los oradores dedicó a cada una de las categorías de contenido en el conjunto de sus primeros turnos, segundos turnos, etc.

TABLA 5. Tiempo dedicado en el primer debate a cada categoría de contenido, por franjas temporales transversales

BLOQ. I-V	D E B A T E I					
	CRÍTICA		LO HECHO/FUTURO		CONTRAPOSICIÓN	
	RAJOY	ZAPATERO	RAJOY	ZAPATERO	RAJOY	ZAPATERO
1 ^{os} turnos	81,71%	18,02%	6,50%	30,52%	0,00%	51,46%
2 ^{os} turnos	72,67%	32,04%	3,76%	13,66%	22,59%	54,30%
3 ^{os} turnos	73,97%	23,43%	7,73%	14,94%	16,56%	59,76%
4 ^{os} turnos	68,66%	7,54%	1,99%	26,38%	29,34%	66,09%

Los debates Zapatero /vs/ Rajoy de 2008. Claves discursivas de una victoria

Un primer hecho salta a la vista: MR utilizó la circunstancia de inaugurar cada par de turnos para atacar en tromba. Véase cómo, en el inicio de cada bloque temático (media de los primeros turnos) se lanzó al ataque de manera prácticamente exclusiva (81,71%), dedicando un mínimo porcentaje de tiempo a lo hecho/futuro (6,50%). Después, conforme avanzaban los bloques, si bien no aumentó el tiempo que dedicó en exclusiva a la defensa de sus propias posiciones (incluso descendió hasta un 1,99%), sí que fue descendiendo el tiempo dedicado al ataque en exclusiva (hasta un 68,66%), a la vez que aumentando la contraposición nosotros/vosotros (desde un 0,00% hasta un 29,34%). RZ, por su parte, mostró en sus réplicas la comentada preferencia por la contraposición, una estrategia que le funcionaba bien y a la que iba dedicando un tiempo progresivamente mayor conforme avanzaba cada bloque (desde un 51,46% hasta un 66,09%). En el tiempo dedicado, respectivamente, a la crítica y a lo hecho/futuro en exclusiva fue oscilando, manteniéndose en torno al 20% de media en cada uno de esos contenidos (20,26% de media en el caso de la crítica, 21,37% en el caso de la defensa de las propias posiciones).

Según anunciábamos más arriba, RZ ejecutó, además, una interesante estrategia en cuanto a la estructuración de sus turnos. Señalábamos que, en el turno introductorio del primer debate, MR estuvo monográficamente al ataque mientras que RZ se dedicó a defender lo suyo y reservó el tramo final de la intervención para atacar. Pues bien, esta misma estructura se repitió después: frente a los ataques en tromba de MR en sus comienzos de los pares de turnos (especialmente en los primeros turnos), RZ no se dejó condicionar en sus intervenciones, dedicando un primer tramo a la defensa de sus posiciones (lo hecho/futuro), en una postura constructiva, para, una vez hecho esto, atacar a su adversario. En varias ocasiones lo hizo así, dedicando más de la mitad del turno a lo hecho/futuro para pasar después al ataque, preferentemente en los primeros turnos. Después fue dando más entrada a la comparación nosotros/vosotros pero, en general, ofreciendo una imagen más constructiva en los primeros tramos de sus intervenciones para centrarse más tarde en el ataque. Las intervenciones de MR, por su parte, fueron, en general, muy críticas, y, si bien fue ganado peso en ellas la contraposición al tiempo que descendía levemente la crítica monográfica, no puede rastrearse ningún patrón en especial en la estructura de los turnos.

Vayamos ahora a los datos, por turnos, del segundo debate, con RZ interviniendo en primer lugar:

TABLA 6. Tiempo dedicado en el segundo debate a cada categoría de contenido, por franjas temporales transversales

BLOQ. I-V	D E B A T E I I					
	CRÍTICA		LO HECHO/FUTURO		CONTRAPOSICIÓN	
	ZAPATERO	RAJOY	ZAPATERO	RAJOY	ZAPATERO	RAJOY
1 ^{os} turnos	17,41%	55,91%	73,10%	3,99%	8,70%	40,10%
2 ^{os} turnos	14,84%	52,16%	13,87%	1,76%	71,29%	46,08%
3 ^{os} turnos	35,29%	63,41%	39,14%	26,82%	17,57%	8,68%
4 ^{os} turnos	49,85%	50,30%	36,07%	9,47%	14,08%	39,35%

En este caso, hay un dato que llama especialmente la atención: RZ, al igual que hizo en la intervención introductoria de este segundo debate (tabla 4), se sirvió del hecho de comenzar los pares de turnos para, al inicio de cada bloque, mostrar una imagen constructiva, concentrándose en la defensa de lo hecho y en las propuestas de futuro, a los que dedicó en los primeros turnos una media del 73,10% de su tiempo. Después, en los segundos turnos, desciende bruscamente el tiempo dedicado en exclusiva a la defensa de las propias posiciones (hasta un 13,87%), pues, tras los ataques recibidos en las primeras intervenciones de MR (un 96,01% entre crítica exclusiva y contraposición), RZ se concentró en defenderse atacando, pero optando por la fórmula que tan buenos resultados le había dado en el primer debate, la de combinar ataque y defensa mediante la contraposición nosotros/vosotros, a la que dedicó un 71,29% de sus segundos turnos. En los turnos tercero y cuarto, recupera de nuevo la línea de defensa de sus propias posiciones (39,14% y 36,07%, respectivamente), al tiempo que, en esas fases más tensas del debate³, aumenta su dureza en los ataques directos contra MR (35,29% y 49,85%, respectivamente).

MR, por su parte, se mantuvo en este segundo debate en una línea sostenida de altos porcentajes de tiempo dedicado por entero a la crítica (entre el 50,30% y el 63,41%), si bien apreciablemente inferiores a los del primer encuentro, en la medida en que probó fortuna con la fórmula de la contraposición nosotros/vosotros, a la que, con la excepción de los terceros turnos, dedicó entre un 39,35% y un 46,08%. Igualmente, el tiempo dedicado por entero a la defensa de sus propias posiciones se mantuvo en niveles bastante bajos, aunque superiores a los del primer debate (5,00% de media en el primer debate, 10,51% en el segundo).

³ En Fernández (en prensa) se sostiene y explica cómo la crudeza del intercambio dialéctico en el debate político-electoral va aumentando cíclicamente conforme avanza el debate, alcanzando sus cimas en determinados puntos como el final de los bloques temáticos.

La observación de los datos⁴ desde distintos puntos de vista conduce, por tanto, a conclusiones confluyentes, en la línea de mostrar a un MR excesivamente destructivo, que quizás hubiera podido mejorar sus resultados electorales si hubiera moderado un tanto el tiempo dedicado a la crítica para defender con mayor extensión su gestión pasada y para ofrecer más propuestas de futuro. El discurso constructivo no sólo fue escaso cuantitativamente sino, incluso, estratégicamente marginal en cuanto a su ubicación y planteamiento, más allá de su presencia en el turno de cierre de ambos debates. RZ, por su parte, logró mostrarse como el hombre de estado capaz de defender su gestión y hacer propuestas de futuro al tiempo que contrarrestaba los ataques de su adversario atacando él a su vez. Él también atacó, por tanto, pero dicha actitud crítica fue siempre inferior cuantitativamente al discurso constructivo y estuvo, en general, estratégicamente ubicada de forma que se presentara a los oídos del espectador o bien simultáneamente con la actitud constructiva (en la contraposición), o bien tras ella, como algo secundario (ya fuera, en el primer debate, en los tramos finales de los turnos, ya fuera, en el segundo debate, en los segundos turnos, tras una visión abiertamente constructiva en los primeros): el daño que la crítica infligía a la imagen del adversario era, probablemente, semejante independientemente de su posición, pero no así el que provocaba sobre la imagen del propio orador.

Detengámonos en esta última consideración. Ya hemos incidido en la importancia estratégica que el ataque contra el adversario tiene en el debate político-electoral. Ahora bien, los excesos en este sentido pueden resultar peligrosos. Hablando en términos de cortesía lingüística (Brown y Levinson 1987), el desacuerdo y la crítica son manifiestas acciones de amenaza contra la imagen negativa del destinatario (Fernández, en prensa) y, por consiguiente, si no media mitigación, pueden constituir duras manifestaciones de descortesía. En este sentido, Hernández Flores (2005: 41) explica que la descortesía abierta no sólo daña la imagen del destinatario (objetivo perseguido, claro está, por el orador político) sino también la propia, en la medida en que atenta directamente contra el propósito general de la armonía social en la comunicación. Por ello, el exceso de crítica monográfica de MR en nuestros debates pudo pasarle factura electoral, frente a la crítica, más moderada y estratégicamente calculada, de RZ.

⁴ No nos detendremos en el análisis cuantitativo de los turnos de cierre, pues, en ambos candidatos y en ambos debates estuvieron dedicados de forma casi monográfica a un discurso constructivo, sin aparición de crítica explícita contra el adversario.

4.3. Agresividad, descortesía e imagen

Es interesante señalar también que la actitud crítica de MR en el conjunto de los debates estuvo acompañada por un tono sostenidamente más agresivo que el de su oponente, RZ, el cual, salvo en momentos concretos, quiso hacer gala de su autoproclamado *talante*. Y es que, como reverso de lo antes afirmado acerca de la descortesía, la actitud cortés refuerza no sólo la imagen del interlocutor sino también la propia, de manera que puede hablarse de un “lado interesado” en el uso de la cortesía, con vistas al reforzamiento de la propia imagen. Conviene dejar claro, no obstante, que resulta arriesgado establecer generalizaciones en este sentido acerca de nuestros debates sin un estudio exhaustivo, que excedería los límites de este trabajo. Nos limitaremos, por ello, a un solo ejemplo, a un solo tipo de agresión contra la imagen del adversario: la de tacharle de mentiroso.

Parece fuera de duda que acusar de mentir es una de las más duras agresiones que pueden lanzarse contra la imagen de un interlocutor, y particularmente de un adversario político en un acto público como un debate. Dicha dureza reside en el hecho de que tal acusación sostiene que quien miente ha roto deliberadamente y con intención manipuladora el más importante de los postulados conversacionales de Grice (1975), el de cualidad, acción que, por otra parte, suele considerarse moralmente muy reprobable. Pues bien, en la tabla 7 se muestran las ocasiones en que uno y otro orador se lanzaron el lexema “mentir” (en forma verbal o nominal) o se acusaron explícitamente de ello mediante alguna otra fórmula (como “engañar” o la más eufemística “faltar a la verdad”).

TABLA 7. Ocasiones en que los oradores se acusaron mutuamente de falsedad

		DEBATE I	DEBATE II	TOTAL
ZAPATERO	Lexema “mentir”	4	0	4
	Otras fórmulas	3	4	7
	TOTAL	7	4	11
RAJOY	Lexema “mentir”	15	18	33
	Otras fórmulas	4	18	22
	TOTAL	19	36	55

Los datos son elocuentes. Las ocasiones en las que MR acusó de falsedad a RZ cuadruplicaron las veces en que lo hizo el segundo (11/55) y, en el caso concreto y más grave de acusarse de *mentir*, la desproporción aumentó hasta multiplicar por más de ocho la diferencia (4/33). Ello hubo de marcar, sin duda, diferencias importantes en la percepción de los respectivos personajes discursivos por parte

de la audiencia, contribuyendo a perfilar a MR como el más agresivo y descortés. Pero hay, además, otro dato relevante, como es el hecho de que RZ disminuyó hasta casi la mitad sus acusaciones de este tipo en el segundo debate respecto del primero (de 7 a 4), eliminando por completo de su léxico el vocablo “mentir”; MR, por su parte, casi las duplicó, en términos globales, del primer al segundo debate (de 19 a 36), tildando 18 veces de mentiroso a su oponente en ese último encuentro. No olvidemos que las diferencias a favor de RZ en los sondeos del primer debate se ensancharon ostensiblemente en los del segundo: la coincidencia de ambos hechos probablemente no sea una casualidad.

4.4. Análisis cualitativo: finales de turno y turnos clave

Otro de los motivos de la victoria de RZ sobre MR pudo ser la forma en que el primero logró *rematar* determinados momentos relevantes del debate. Nos referimos, concretamente, a los finales de turno, en general, y al desarrollo de los turnos clave, los de inicio y cierre. En cuanto a la primera cuestión, resulta indudable la importancia de los cierres de turno, de esas palabras finales que dejarán una determinada sensación en las audiencias. En este sentido, MR, salvo en contadas ocasiones, mostró una tendencia general a unos finales bastante neutros, sin lograr el golpe de efecto con alguna frase brillante. Puede señalarse que, en el primer debate, en el que MR abrió los pares de turnos, concluyó su primera intervención de cada bloque temático (excepto el tercero) lanzando una pregunta a RZ, intentando condicionar el desarrollo de su elocución; no lo consiguió, sin embargo, pues RZ, salvo alguna pequeña réplica, seguía el ritmo que se había marcado de antemano. Esa estrategia de la pregunta final apenas la utilizó MR en el resto de los turnos, ya más condicionados por el discurso previo. Pero, en cualquier caso, como señalábamos, los finales tendían a ser bastante neutros, poco efectistas desde un punto de vista retórico.

RZ, por el contrario, sí que logró en más ocasiones finales efectistas, profiriendo secuencias que, claramente, tenía guardadas, bien preparadas, para esos momentos. En el primer debate, quiso aprovechar el hecho de cerrar los pares de turnos, con la especial ventaja de ser el último en hablar en cada bloque temático: era el momento de dejar un cierto sabor de boca en las audiencias. Y fue ahí donde *colocó* algunas de las fórmulas más impactantes. Veamos, a modo de ejemplo, el cierre del

segundo bloque temático. Venían discutiendo los oradores sobre inmigración y RZ terminó criticando la propuesta estrella del PP en este plano, el llamado “contrato de integración”:

(3)

Señor Rajoy, junto a los españoles hay inmigrantes en este país como voluntarios en las ONGs, como donantes de órganos y también entre los fallecidos en las misiones de paz del Ejército español y en los atentados terroristas del 11 de marzo y de la T-4. ¿Deberíamos pedirles que firmen su papel de delincuente potencial a todos los inmigrantes que nacen, viven y mueren con nosotros y a veces por nosotros, señor Rajoy?

Tras la pertinente introducción, parece claro que la interrogación retórica de cierre no sólo alcanza altas dosis de emotividad sino que logra hacer *retóricamente evidente* el dislate en el que incurrieron MR y su partido con la propuesta del contrato de integración.

En el segundo debate, el cambio en el orden de actuación de los oradores no tuvo grandes consecuencias respecto de lo que venimos analizando. MR, ahora cerrando pares de turnos, abandonó las preguntas finales pero, salvo en contadas ocasiones, no llegó a lograr finales brillantes, con frecuencia dando la impresión de estar agobiado por falta de tiempo. RZ, por su parte, continuó logrando algunos finales brillantes, aunque menos que en el primer encuentro.

Vamos, por último en este epígrafe, con algunas consideraciones sobre lo que hemos llamado los *turnos clave*, los de inicio y cierre de los debates. En cuanto a los primeros, ya ha quedado señalado (véase 4.2.) que MR se lanzó monográficamente (en el primer debate) o casi (en el segundo) al ataque, mientras que RZ logró una buena combinación de discurso constructivo y crítica final, en el primer caso, y un atractivo golpe de efecto, en el segundo, cerrando su discurso constructivo con la presentación del libro blanco con el que *certificaba* la veracidad de todos los datos aportados. Pero nos interesa ahora centrarnos especialmente en los turnos de cierre, que constituyen el momento de importancia capital a la hora de intentar convencer a la audiencia. Y en ellos hallamos algunos aciertos y errores estratégicos de uno y otro que pudieron ser, en buena medida, desencadenantes del resultado final.

MR adoptó, en el cierre del primer debate, el papel de *pieza conveniente para el engranaje*, de persona que se ofrecía a realizar una aportación a la buena marcha del país, pero renunciando explícitamente al protagonismo:

(4)

No queremos renunciar a nada. Podemos mirar al mañana con optimismo y con esperanza. Sabemos perfectamente cómo se hace porque ya lo hicimos todos juntos en peores circunstancias. Yo estoy dispuesto. El plan de trabajo está preparado y las herramientas a punto. Solamente falta que usted decida que nos pongamos en marcha. No le pido el voto para mí; yo no soy lo que está en juego. Yo no soy quien gana o pierde estas elecciones.

Dicha perspectiva ofrece el atractivo de que el orador se muestre como uno más, en el mismo barco que los votantes, intentando propiciar un sentimiento grupal; pero plantea un serio inconveniente, a saber, que los votantes, probablemente, no buscan un *compañero* sino un *líder*⁵. En esa línea continuó MR hasta consumir algo más de un tercio de su tiempo, para entonces centrarse en “un ejemplo que resume todas mis ideas y que todo el mundo puede entender”:

(5)

Yo quiero que la niña que nace en España tenga una familia y una vivienda y unos padres con trabajo. [...] Quiero que esa niña, nazca donde nazca, reciba una educación que sea tan buena como la mejor, quiero que se pueda pasear por todo el mundo sin complejos, porque sabrá idiomas y porque tendrá un título profesional que se cotice en todo el mundo. Quiero que sea un heraldo de la libertad, de la tolerancia y de los derechos humanos, porque habrá crecido en libertad, y no tendrá miedo a las ideas de los demás, y habrá aprendido a respetar a todos los que respetan la ley. Quiero que sienta un hondo orgullo por ser española, por pertenecer a esa nación tan vieja, tan admirable, que le habrá ofrecido las mejores oportunidades, pero que habrá sabido ser exigente con ella para convertirla en una mujer madura y responsable.

La apuesta de MR, proyectar la esencia de su política en el crecimiento de una ciudadana, le salió mal. Fue quizás la mezcla de factores como un tono narrativo simplón (“yo quiero que la niña...”), una retórica ampulosa (“heraldo de la libertad”) o un patriotismo un tanto pasado de moda (“esa nación tan vieja, tan admirable”). Lo cierto es que el resultado global adquirió un tono cursi, alejado de lo que, probablemente, pueda esperarse de un líder que ha de arrastrarte para lograr tu voto. De hecho, *la niña de Rajoy* se convirtió en motivo de chanza nacional durante no pocas semanas tras los debates.

En el cierre del segundo debate, MR cambió radicalmente de estrategia. Del discurso en plural pasó a uno mucho más personalista, con una casi constante primera persona del singular, buscando más protagonismo, más liderazgo. Y del ejemplo narrativo pasó al dato concreto: la economía, el

⁵ Como escribe Locher (2004: 302) a propósito de los debates presidenciales norteamericanos de 2000, dichos eventos no son sino una plataforma desde la que se espera que los candidatos desplieguen ante los votantes sus habilidades retóricas y sus cualidades de liderazgo.

terrorismo, las pensiones, la sanidad, las infraestructuras, la educación... El problema fue que presentó una catarata de argumentos apresurados, con una elocución muy veloz y sin ninguna estructura ni hilo conductor definidos. Finalmente se frenó en seco, para dedicar catorce pausados segundos a *la niña*, profiriendo dicho sustantivo nada menos que seis veces durante tan breve lapso temporal.

Los cierres de los debates por parte de RZ estuvieron, sin duda, mejor planificados y estructurados. El primero constó de cuatro partes claramente delimitadas:

- a) Una breve introducción en la que habló de la pluralidad, del conjunto, de la nación, pero no como una gloriosa realidad histórica, sino como un ente dinámico proyectado hacia el futuro.
- b) Una segunda parte en la que adoptó un tono claramente personalista, ya sostenido hasta el final. Constituyó un auténtico alegato sobre su credibilidad, recuperando promesas electorales de las anteriores elecciones y mostrándolas cumplidas. Todo ello, a base de paralelismos sintácticos que dotaron de gran ritmo a la elocución.
- c) Una tercera parte, de nuevo construida sobre paralelismos resumiendo sus promesas de futuro.
- d) Un cierre realmente brillante, en el que buscó mostrarse como un gran líder, capaz de aunar experiencia y vitalidad, y en el que pareció evocar pasajes célebres de oratoria política (como el “and so, my fellow americans” de Kennedy), prometiendo a los ciudadanos justicia social y amparo del estado, pero no éxito, dependiente del esfuerzo de cada cual; y todo ello, rematado con una sorprendente y efectista despedida:

(6)

Trabajaré inspirado por los mayores; trabajaré con la ilusión de hacer un futuro para nuestros hijos y con la ambición de progreso que tienen los jóvenes. No puedo prometer que todas las personas tengan éxito en su vida, pero sí me puedo comprometer a trabajar para que todas las personas tengan las mismas oportunidades para tener éxito. Y aquellas que no lo alcancen tendrán siempre el amparo de nuestro país. Buenas noches y buena suerte.

En el segundo debate, RZ continuó con la estrategia personalista, de reafirmación de su liderazgo. Tras una introducción de agradecimientos, pidió el voto y dedicó, a partir de ahí, el grueso de su intervención a justificar por qué había de otorgársele, una vez más a base de paralelismos. Y resulta

interesante comprobar que pedía el voto no por lo que fuera a *hacer*, sino por sus *compromisos*, por sus *convicciones*, reincidiendo, de este modo, en la imagen que había intentado ofrecer durante los debates, la de un político leal y con convicciones, alguien en quien confiar. Tras ese extenso bloque, RZ cerró así su intervención:

(7)

Por todas estas razones, les pido su voto y su apoyo para los próximos cuatro años. Gobernaré para todos y con respeto a todos, gobernaré con firmeza, gobernaré con convicción. Mejoraré las cosas bien hechas y corregiré los errores. Gobernaré con sensibilidad, y estaré muy cerca de los que no tienen de todo. Buenas noches y buena suerte.

Firmeza pero humildad, ideales y, de nuevo, justicia social. Por último, la despedida.

Si el análisis cuantitativo nos había mostrado algunas claves acerca de dónde pudieron residir los aciertos y los errores de uno y otro orador en los debates, las observaciones de índole cualitativa parecen apuntar en la misma dirección. RZ logró dotar a su discurso de una significativa brillantez retórica en ciertos momentos estratégicamente esenciales para lograr la victoria, con gran importancia de su ejecución discursiva pero, probablemente, aún mayor de la planificación previa. En contrapartida, el discurso de MR no sólo cayó en ciertos errores estratégicos sino que, probablemente más importante, careció, en general, de cimas retóricas significativas. No olvidemos que estamos hablando del arte de la persuasión, en el que no resulta tan importante *convencer* al ciudadano con argumentos sino lograr hacerle *sentir* en una dirección y no en otra.

5. Firmeza discursiva y velocidad en la elocución

El conjunto del análisis sobre los tipos de contenido y la estructura de los turnos ha mostrado hasta qué punto la configuración que adoptaron pudo, por diversos motivos, propiciar una percepción más favorable a RZ por parte de la audiencia. En lo que queda de este trabajo analizaremos otros aspectos complementarios para comprobar si los resultados resultan confluyentes con los hallados hasta aquí. En primer lugar, vamos a adentrarnos en la observación comparativa de ciertos aspectos de la elocución de los oradores que pudieron marcar la percepción

de su discurso con un perfil de firmeza/debilidad, seguridad/inseguridad, tranquilidad/nerviosismo, etc.

5.1. Apariencia dubitativa o de firmeza en la dicción

Resulta obvia la importancia, en un discurso de audiencias millonarias como los debates sometidos a análisis, no sólo de lo que se dice sino de cómo se dice; y, en este segundo aspecto, más allá de las estructuras lingüísticas utilizadas, la importancia del modo en que se ejecute, fónica y prosódicamente, el discurso. En este sentido, una primera cuestión resultó llamativa en la actuación de MR a lo largo de los dos debates: la apariencia dubitativa que mostró en la dicción (a diferencia de lo que, salvo contadas excepciones, le ocurrió a RZ), abusando de las pausas y de los alargamientos vocálicos y consonánticos, hecho que restaba firmeza y aplomo a su intervención.

Cabe hacer una matización, en lo que respecta a las pausas, antes de continuar. Hacemos referencia al abuso de pausas no estratégicas, que no parecen responder a otra causa que la imposibilidad del orador de continuar hasta no acabar de confeccionar mentalmente su discurso. Conviene, por ello, distinguirlas de otras pausas que sí mostraban un claro perfil estratégico, como las ejecutadas previamente a la preferencia de un término clave en una secuencia, con intención de realzarlo, utilizadas con frecuencia por RZ (en ocasiones combinadas con otros recursos como la pronunciación enfática del término final o su silabeo, igualmente enfático). Más allá de este tipo de pausas, pues, señalábamos que MR acusó un exceso de pausas dubitativas, junto con alargamientos vocálicos y consonánticos, algo que a RZ le ocurrió sólo escasamente. Es más, mientras que RZ acostumbró a comenzar sus turnos con una elocución firme y decidida, era casi una constante en MR comenzarlos de esa forma dubitativa. Los siguientes son comienzos de turno de MR⁶:

(8)

- a) Eh:: [pausa breve] mire usted, señor Zapatero, [pausa larga] según [...].
- b) Bien, eh:: muchas gracias. Eh:: [pausa larga] yo voy [...].
- c) Bien, eh:: diera la sensación de que las políticas sociales en España eh:: empezaron con el señor:: Zapatero [...].
- d) Vamos a ver eh:: señor:: ah:: [pausa breve] e Zapatero. E/ lo que [...].
- e) Eh:: sí sí, ya sé que está ahí. [pausa larga] Eh:: eh:: Oiga usted, [pausa larga] ¿sabe cómo [regl/] regularizaron [...].
- f) Vamos a ver, eh:: [pausa breve] mn:: lo que hicimos [...].

⁶ Los alargamientos se transcriben mediante la convención “:”.

g) Bien, eh:: [pausa media] eh:: [pausa breve] ¡Todos lo han visto!

Esa falta de aplomo a la hora de encarar el comienzo de los turnos la mostró MR incluso en algún momento clave, como fue el arranque de su turno introductorio del segundo debate. Tales turnos están sobradamente preparados por los oradores, puesto que, al ser el inicio absoluto, no están condicionados por el discurso previo. De hecho, RZ, minutos antes, comenzó con paso firme cuando la moderadora le dio la palabra: no titubeó lo más mínimo y clavó la mirada en la cámara desde el primer momento. MR, sin embargo, comenzó mostrándose dubitativo ya en el saludo inicial y continuó así algunos segundos, durante los cuales, además, a diferencia de su adversario, dedicó constantes miradas fugaces a puntos distintos (a sus papales, a su adversario, al cronómetro...).

El carácter titubeante en la elocución que venimos observando pudo transmitir a la audiencia una impresión de nerviosismo en el candidato del PP. A ello se sumaba que MR parecía, en no pocas ocasiones, no ya nervioso, sino incluso despistado: con bastante frecuencia, al disponerse a utilizar el vocativo “señor Zapatero”, alargaba mucho la pronunciación de la primera parte (“señor::”), como si no recordara el apellido de su rival. El primero de los siguientes ejemplos, correspondiente a un comienzo de turno, retoma palabras citadas en (8); el segundo corresponde a un fragmento de elocución mediado un turno (ambos son del segundo debate):

(9)

- a) Vamos a ver eh:: señor:: ah:: [pausa breve] e Zapatero. E/ lo que [...].
b) Ése es el problema, señor [pausa breve con un suspiro] eh:: Zapatero.

De hecho, en alguna ocasión (concretamente al comienzo de su última intervención del primer bloque temático del segundo debate), llega incluso a no terminar el vocativo, interrumpiéndose tras los alargamientos e iniciando una nueva estructura.

Se observa, en definitiva, cómo determinados rasgos de la dicción del candidato popular pudieron transmitir una sensación de inseguridad o nerviosismo, frente al mayor aplomo de su oponente en este sentido, sensación que pudo añadir un peso adicional a la balanza de las audiencias para darle por perdedor en los debates.

5.2. Fortaleza o debilidad ilocutiva

Pasamos de la dicción al plano funcional-nocional. Cuando hablamos de *fortaleza o debilidad ilocutiva* estamos pensando en aquellos aspectos de las formulaciones discursivas que pudieran influir en que la audiencia percibiera a uno u otro orador como un candidato fuerte, convencido de su victoria. En un cara a cara entre candidatos a la presidencia, el orador ha de mostrar su plena confianza en la victoria como requisito inexcusable para lograr el voto de la audiencia; y, dando esa victoria por hecha, ha de hablar en primera persona de su futura acción de gobierno.

Pues bien, también en este aspecto el candidato popular mostró ciertas debilidades. En determinados momentos de los debates, las formulaciones verbales de MR parecían mostrar que aceptaba como algo natural el hecho de que su rival fuera a seguir siendo presidente, fuera a ganar las elecciones. Le faltó, por tanto, convicción, aunque sólo fuera implícita y ocasionalmente. Veamos, a modo de ejemplo, dos errores que cometió en su segunda intervención del primer bloque temático del debate II:

(10a)

Yo no sé si usted va a hacer o no un Observatorio de Precios, pero si hace un Observatorio de Precios va a tener que ser muy eficaz, porque [...]. No se han ocupado usted de los asalariados, señor:: presidente del Gobierno, y ahora dice que va a crear un Observatorio. Debería crearlo, porque fíjese [...].

(10b)

Si quiere usted hacer una política de precios, le voy a decir cuatro cosas que a mí me parecen muy importantes: en primer lugar, reduzca el gasto público [...]; en segundo lugar, establezca competencia en los mercados [...]; en tercer lugar, hagan reformas económicas y una auténtica política económica [...]; y, en cuarto lugar, cuiden aquellos precios que son regulados [...].

En (10a), MR habla de lo que RZ *va a hacer o debería hacer*, tras las elecciones, como presidente. Es más, en ese contexto en que, implícitamente, está asumiendo su derrota, MR utiliza el innecesario vocativo *señor presidente del Gobierno*⁷, algo que refuerza que él sea percibido como jefe de la oposición y no como el virtual presidente. En (10b), MR se propone desarrollar cuatro propuestas de política económica, pero, inexplicablemente, las formula de manera tal que parece estar diciendo a

⁷ Al comienzo de los dos debates, los moderadores señalaron explícitamente que los contendientes estaban allí en calidad de *candidatos*.

RZ lo que debería hacer, *como presidente*, después de las elecciones, para remediar la situación del país.

No se trata de que dicha actitud constituyera, desde luego, una constante en el discurso de MR, pero es posible que los errores en este sentido tuvieran una significativa importancia estratégica, pues pudieron minar, más o menos inconscientemente, la confianza de la audiencia en el candidato popular. RZ, por su parte, asumió en su discurso, como norma general e indefectible, que continuaría siendo presidente. Y resulta revelador lo mucho que midió sus palabras el candidato socialista en la única ocasión en la que, explícitamente, se refirió a la posibilidad de que cualquiera de las dos partes podía ganar, frente a las afirmaciones, poco posteriores, de MR al respecto⁸:

(11a)

RZ: [...] quiero asumir un compromiso delante de las cámaras: sea cual sea el resultado del próximo domingo, del próximo día 9, el Partido Socialista apoyará al gobierno de España en la lucha antiterrorista sin condiciones. [...] Me gustaría oírle decir lo mismo, señor Rajoy.

(11b)

MR: Bien, eh::, sea cual sea el resultado electoral, yo apoyaré al gobierno si el gobierno quiere luchar contra ETA; pero, desde luego, no apoyaré a ningún gobierno que [...].

Fijémonos en que, bajo ninguna circunstancia, RZ se sitúa como virtual perdedor al decir que su partido apoyaría al gobierno: no sería él quien, en primera persona del singular, apoyaría al gobierno, hecho gramatical que le habría colocado directamente como jefe de la oposición; y la idea de que su partido apoyara al gobierno no era incompatible (antes al contrario) con que él, RZ, fuera el presidente de ese gobierno, aunque dejaba abierta la puerta a que pudiera no serlo. MR, por su parte, aunque recoge *el sea cual sea el resultado electoral*, se queda encerrado en esa primera persona que apoya o no al gobierno, o sea, en su misma situación de ese momento, en la oposición, como perdedor.

Vamos a cerrar este apartado con lo que parece ser otra muestra, de distinta naturaleza, de lo que hemos denominado *debilidad ilocutiva* de MR. Se trata, en este caso, del uso de los llamados *predicados doxásticos* (Haverkate 1994: 124-126): predicados del tipo “creo que...”, en los que, según la perspectiva de la cortesía lingüística, el hablante muestra (o finge) no estar seguro de su

⁸ Primeros turnos del bloque III del debate II.

afirmación. Dichas fórmulas son consideradas mitigadores de cortesía negativa, en la medida en que su introducción en el discurso puede suavizar una posterior amenaza a la imagen del adversario, a diferencia de lo que supondría su introducción directa. Pues bien, dicho tipo de predicados, por el mismo motivo por el que funcionan como mitigadores a la hora de realizar un ataque, restan firmeza y aplomo a la elocución del orador, al mostrar lo dicho más como una opinión (por tanto, discutible) que como un hecho (indiscutible).

Fijémonos, concretamente, en el uso de la fórmula “creo que” para introducir una afirmación posterior. Su uso en el primer debate fue poco significativo, apareciendo en dos ocasiones en boca de cada uno de los dos oradores. Ahora bien, en el segundo debate, mientras que RZ no la utilizó en ninguna ocasión, MR se sirvió de ella catorce veces, como, por ejemplo, al final de su turno introductorio:

(12)

Creo que se necesita un gobierno que dé certidumbre, un gobierno que dé seguridad, que se ocupe de los problemas reales de los españoles.

Su uso esporádico no tendría, en principio, mayor trascendencia, pero su acumulación en el discurso de MR, unida a factores como los señalados con antelación en este epígrafe, pudo incidir en esa imagen de falta de firmeza de la que venimos hablando.

5.3. Velocidad en la elocución

¿Debe el orador intentar “colocar” cuantos más mensajes mejor en el debate o concentrarse en menos mensajes y oratoriamente más efectivos? Probablemente la cantidad no sea lo más importante; es más, probablemente la cantidad, si es excesiva, no sólo no sea una ventaja sino más bien lo contrario, un inconveniente a la hora de convencer a una audiencia que puede verse abrumada por un bombardeo de mensajes. Y, claro está, con unos tiempos tan medidos como los que hubo en los debates que sometemos a análisis, si se quiere aumentar la cantidad de contenidos emitidos habrá de hacerse a fuerza de acelerar la velocidad de elocución, con los riesgos que ello lleva aparejados.

Los debates Zapatero /vs/ Rajoy de 2008. Claves discursivas de una victoria

Hubo diferencias entre los dos oradores, desde luego, en este sentido, sobre todo en el segundo debate. De hecho, la apariencia dubitativa de la que hablábamos en 5.1. a propósito de la dicción de MR contrastó con una alta velocidad de elocución, especialmente aguda en el segundo debate. La impresión era que MR se mostraba indeciso al comienzo de los turnos y en partes discursivas no preparadas de antemano; sin embargo, en otros momentos, sobre todo cuando se encontraba desarrollando pasajes preparados, *pisaba el acelerador* y alcanzaba una velocidad de elocución ostensiblemente superior a la de su rival: parecía, a veces, que tenía demasiado texto preparado y había de *soltarlo* todo en un tiempo escaso. De hecho, la obsesión de MR con el cronómetro (de la que hablaremos en el epígrafe 6) probablemente tuvo no poco que ver con esta circunstancia que ahora comentamos.

Para poder analizar de manera objetiva este aspecto discursivo, hemos procedido a calcular una ratio palabras/minuto de ambos oradores. Lo hemos hecho en las intervenciones de introducción y cierre, y también en los turnos de las intervenciones de los bloques temáticos centrales, pero, en este último caso, sólo en aquellas parejas de turnos en las que no acaecía ninguna interrupción significativa, es decir, ninguna interrupción que alterara el ritmo de elocución del orador que se hallaba en posesión de la palabra⁹. Los resultados aparecen en la siguiente tabla:

TABLA 8. Velocidad en la elocución (palabras/minuto)

	D E B A T E I			D E B A T E II		
	Apert./cierre	Turnos	Global	Apert./cierre	Turnos	Global
MR	149	188	173	195	220	210
RZ	153	164	160	119	156	141

En el primer debate, la velocidad de elocución de ambos oradores fue semejante: ligeramente superior la de RZ en las intervenciones de apertura y cierre, y a la inversa, con una diferencia más marcada, en los turnos de los bloques centrales; en conjunto, pues, la velocidad de elocución de MR fue superior, pero sin diferencias notables. Ahora bien, lo sorprendente lo encontramos al contrastar los datos del primer debate con los del segundo. Pensemos que, tras el arranque *en frío* del primer encuentro, los oradores tuvieron una semana para analizarlo y preparar el segundo, y a la vista está que escogieron estrategias diferentes.

⁹ De los veinte pares de turnos desarrollados en el núcleo de cada debate, en ambos casos han sido cinco los tomados en consideración.

Comencemos por fijarnos en las intervenciones de apertura y cierre. RZ, claramente, optó por un discurso pausado y efectista antes que por una acumulación de contenidos (bajó su ratio en 34 palabras respecto del primer debate), mientras que MR se sirvió de un discurso mucho más acelerado (que le llevó a aumentar en 46 palabras su ratio del primer debate), en busca de colocar el mayor número de mensajes posible¹⁰. En cuanto a la velocidad de elocución en los turnos de los bloques centrales, RZ bajó también, aunque sólo ligeramente, su velocidad de elocución respecto del primer debate (descenso de 8 palabras), en lo que, junto con lo ocurrido en las intervenciones inicial y final, parece claramente una opción estratégica. MR, por su parte, también de forma consistente con los turnos clave, aumentó muy apreciablemente su velocidad en el resto del debate (aumento de 32 palabras).

En conjunto, pues, frente al relativo equilibrio del primer debate, RZ decidió sosegar su ritmo en el segundo (su ratio global bajó en 19 palabras) mientras que MR lo aceleró en gran medida (su ratio global, que ya era más alta que la de RZ en el primer debate, aumentó en 37 palabras). El resultado, con números redondos, fue que, en el segundo debate, MR profirió tres palabras por cada dos que pronunció RZ (210/141). Y la velocidad del candidato popular fue, sin duda, excesiva para el género discursivo en el que se estaba desarrollando, en el que el éxito parece hallarse mucho más en el golpe de efecto retórico que en la acumulación de argumentos. Habló, por consiguiente, demasiado deprisa, lo que, unido a los titubeos más arriba analizados y las cuestiones de imagen que enseguida analizaremos, le hizo parecer nervioso. Probablemente no fuera casualidad que estas variaciones en la velocidad de elocución de uno y otro candidato corrieran parejas con el hundimiento definitivo de MR y el encumbramiento final de RZ en los sondeos posteriores al segundo debate.

6. Lo que vieron los espectadores

Es algo bien sabido que el comportamiento no verbal del orador en el debate político puede influir de forma importante en el espectador televisivo (Argentin, Ghiglione y Dorna 1990: 153). De hecho, la actividad no verbal del orador puede ilustrar, potenciar o incluso contradecir sus palabras, por lo

¹⁰ Ya aludimos, por ejemplo, en 4.4. a la catarata de contenidos, un tanto caótica, que constituyó su turno de cierre del segundo debate.

que, sin duda, sus adecuados control y utilización serán capaces de aumentar la credibilidad y la capacidad persuasiva del discurso y, por ello, las probabilidades de éxito político del orador. Todo ello hace que resulte muy pertinente en este trabajo tomar en consideración también los factores visuales del comportamiento de los candidatos, teniendo en cuenta que la gran mayoría de los seguidores de los debates tuvieron acceso a ellos por televisión.

6.1. La mirada

La importancia que, con vistas a la persuasión, desempeña la mirada del orador es algo ya bien conocido (Atkinson 1984). Y, en este plano, puede afirmarse sin dudar que MR falló en los debates sometidos a análisis, a diferencia de RZ. El comportamiento de MR, además, produjo, probablemente, un efecto de acumulación con la apariencia dubitativa más arriba tratada, deteriorando su capacidad de convicción y, en general, su imagen ante las audiencias televisivas. Comencemos por las intervenciones de apertura y cierre de ambos debates. En ellos, los candidatos se dirigieron a la audiencia –no al candidato adversario– y a ella dirigieron también su mirada; sin embargo, las diferencias fueron notorias. En la intervención introductoria del primer debate, MR estuvo prácticamente leyendo, bajando constantemente la mirada al papel: lo hizo hasta en 29 ocasiones (en tres minutos, lo que implica casi 10 veces por minuto de media, una cada seis segundos). Además, en esta primera intervención comenzará una *obsesión* de MR que ya no le abandonará a lo largo de los dos debates y que perjudicará apreciablemente su imagen, a saber, la de mirar al cronómetro para controlar el tiempo que llevaba consumido. A los 5'' de comenzar su turno inicial del primer debate ya mira por primera vez al crono (lo que implica una apreciable desviación de su mirada hacia la izquierda), y lo hará en más de treinta ocasiones a lo largo de los tres minutos. Frente a este comportamiento de MR, RZ, en ese turno de apertura del primer debate, no miró una sola vez al papel y sólo dirigió su mirada al cronómetro en tres ocasiones (la primera cuando habían transcurrido ya 1'27'' de su intervención). La consecuencia de estas diferencias es manifiesta: frente a la sensación de desconcierto que transmiten los constantes movimientos de mirada del candidato popular, el socialista clava sus ojos en la cámara, mostrándose como ese orador sincero que conversa con el ciudadano que tiene enfrente.

En los turnos de cierre las diferencias fueron, igualmente, apreciables. MR leyó, lo hizo en un tono bastante monocorde y miró mucho al papel, además de seguir muy preocupado por el cronómetro (lo miró 11 veces). RZ, por su parte, aunque también leyó, lo hizo en un tono más vivo y mirando mucho menos al papel; además, aunque mostró una preocupación mayor de la habitual por el cronómetro, lo miró menos de la mitad de las veces que MR (en 5 ocasiones).

Tras una semana para el autoanálisis por parte de los candidatos, las aperturas y los cierres del segundo debate mostraron diferencias respecto del primero, pero el desnivel fue, de nuevo, más que apreciable a favor de RZ. En el turno de introducción, el candidato socialista no sólo no miró al papel sino que tampoco miró al cronómetro. Es más, no desvió la mirada de la cámara en ningún momento salvo al final de su elocución, cuando aludió al “libro blanco” de datos que presentó, y dirigió sendas miradas al libro, y a la moderadora y a MR al dirigirse a ellos. MR, por su parte, comenzó, de nuevo, con una mirada muy titubeante. Transcurridos 15” comenzó a mirar a la audiencia y no dejó de hacerlo hasta el final (es decir, esta vez no leyó), pero con un problema: el cronómetro. En este segundo debate, se modificó la ubicación de los cronómetros, de forma que fuera menos apreciable el movimiento de desviación de la mirada de los oradores hacia ellos; y efectivamente, la desviación era ligera, pero fue, en el caso de MR, constante, de manera que ese continuo movimiento de sus pupilas desde la cámara al crono y viceversa hubo de producir, una vez más, una extraña sensación al receptor.

En los turnos de cierre de este segundo debate, las cosas fueron muy semejantes a la introducción. RZ no quitó ni un instante la vista del objetivo de la cámara; MR, por su parte, miró un par de veces al papel, desvió en una ocasión la mirada hacia un lado y, como al principio, estuvo constantemente saltando de la cámara al crono y del crono a la cámara, generando, de nuevo, esa extraña sensación en el espectador.

En cuanto a las intervenciones de los candidatos durante el cuerpo del debate, tuvo lugar, en ambos encuentros, una diferencia general que resultó clave: RZ miró mucho más a los ojos a su oponente, mucho más de lo que lo hizo MR. El candidato popular estuvo, durante el conjunto de los dos debates, extremadamente preocupado del cronómetro, mientras que el socialista lo miraba, en general, mucho más esporádicamente. En cuanto al grado en que ambos miraban a sus papeles, aunque la diferencia no fuera tan extrema como la del cronómetro, era también evidente, haciéndolo

mucho más MR. A ello se sumaba el tono, en general, más vivo de la elocución del presidente, que daba la impresión de estar hablando, frente a esa impresión frecuente de leer que ofrecía el candidato popular, además de la mayor expresividad gestual del primero, frente a una cierta rigidez del segundo.

En definitiva, RZ miraba, esencialmente, a su oponente, sin quitarle la vista de encima salvo cuando la dirigía al papel; MR, sin embargo, no sólo miraba más al papel sino que, incluso cuando no lo hacía, muchas veces dispersaba su mirada en otros lugares: en no pocas ocasiones bajaba la mirada (o, incluso, miraba su bolígrafo), otras veces la llevaba de un sitio a otro o bien, aunque estuviera orientado a RZ, lo hacía con la mirada un poco baja, sin mirarle directamente a los ojos, como si le costara sostener el contacto visual. Todo ello, muy probablemente, hubo de incidir en que buena parte de la audiencia percibiera la imagen de un candidato inseguro, de un candidato perdedor.

6.2. Los planos de escucha

Hemos analizado en 6.1. el comportamiento no verbal de los oradores mientras se hallaban en el uso de la palabra. Ahora bien, igualmente relevante resulta el análisis de su actitud durante los planos de escucha, esto es, aquellos planos en los que se muestra a un candidato mientras el otro interviene. Y las diferencias en nuestros debates fueron, también en esto, notables. Así, RZ mostró una clara tendencia a mirar fijamente a los ojos a MR mientras éste hablaba; de hecho, salvo cuando apareció escribiendo (sólo ocasionalmente), la mirada fija a su oponente fue la tónica general del socialista. Frente a ello, la actitud de MR fue bien distinta: miraba mucho menos a su oponente mientras éste hablaba y fueron muchos los planos de escucha, en ambos debates, en los que el popular apareció sin levantar la vista de la mesa, incluso aunque no estuviera escribiendo. Esta diferencia cuantitativa en las miradas hubo de ofrecer, probablemente, la impresión al espectador de un candidato socialista que escuchaba con atención a su oponente, frente a un candidato popular que parecía distraído, abstraído en sus pensamientos.

Pero lo más llamativo de la actitud de MR en los planos de escucha no fue el hecho de que mirara poco a su adversario, sino cómo era, con mucha frecuencia, su mirada, a saber, casi nunca fija: en general en ambos debates, pero especialmente en algunas fases, MR mostró una mirada muy

dubitativa, que se movía rápidamente de un sitio a otro sin fijarse en ninguno, y todo ello en el mínimo tiempo de duración de un plano de escucha. Pongamos un ejemplo. En un plano de escucha (tres segundos) durante el primer turno de RZ en el segundo bloque del debate I, se vio a MR desplazar su mirada:

1. de la mesa (hacia donde la dirigía al comenzar el plano) a RZ,
2. de RZ a la mesa,
3. de la mesa al cronómetro,
4. del cronómetro a RZ y
5. de RZ a la mesa.

Frente a ello, RZ se caracterizó, como hemos dicho, por la tendencia a mirar fijamente a su oponente, con firmeza, salvo en ciertos momentos del segundo debate en los que pareció mostrar un desconcierto semejante al comentado respecto de MR. Dejando a un lado esos momentos (que fueron excepciones), encontramos, pues, también una diferencia cualitativa en las miradas, diferencia que transmitía inseguridad o nerviosismo del aspirante frente a aplomo del presidente.

Algunos detalles más resultaron relevantes en los planos de escucha. Por ejemplo, el hecho de que RZ apareciera en ellos, con cierta frecuencia, expresándose gestualmente respecto de lo que iba diciendo MR en ese momento: en algunas ocasiones aparecía asintiendo, pero, sobre todo, muchas veces, especialmente en el segundo debate, apareció negando con el gesto mientras MR hablaba¹¹. Dichos gestos resultan, sin duda, relevantes, pues suponen algo así como intervenir mientras el otro habla, restándole fuerza a sus palabras; podría afirmarse que RZ aprovechaba el tiempo de MR para realizar una actividad de autoimagen (Hernández Flores 2005: 48), con el fin de reparar (o, al menos, atenuar) sobre la marcha el daño que las críticas le estuvieran infligiendo. En contrapartida, sin embargo, la expresividad de MR durante los planos de escucha fue mínima.

Añadamos, además, que MR apareció, en ciertos momentos, removiéndose en la silla, como incómodo, y que, en una ocasión, se le vio girado, de medio lado, sacando carpetas de debajo de la mesa; frente a ello, RZ de frente, firme. Y un último detalle: terminado el primer bloque del segundo

¹¹ Hasta 19 ocasiones hemos llegado a contabilizar en el segundo debate.

debate, cuando RZ comenzó su primera intervención del segundo, un plano general mostró a MR moviendo papeles y tirando al suelo dos carpetas; en distintos momentos del debate, planos generales dejaron ver esas carpetas, desordenadas en el suelo, a los pies de MR; y, al final de la emisión, cuando concluyó la despedida de la moderadora, otro plano general mostró ya varias carpetas en el suelo, a los pies del candidato popular. Un detalle irrelevante, tal vez, o tal vez no, en un evento con tanta trascendencia mediática en el que todo cuenta.

6.3. Problemas de imagen de MR

No queremos dejar de aludir, como cierre de este apartado de análisis de los factores visuales, a ciertos *tics* de MR que, a buen seguro, contribuyeron a empeorar el conjunto de la imagen que ofreció a las audiencias televisivas. Así, hay que mencionar, en primer lugar, su tendencia a abrir desmesuradamente los ojos en determinados momentos de su elocución, a lo que hay que sumar el tic que le hace cerrar momentáneamente el ojo izquierdo, hecho que también le ocurrió más que ocasionalmente. Ambas circunstancias parecían acentuarse en momentos de especial tensión dialéctica (por ejemplo, en el tercer bloque temático del debate II) y acaecían, con frecuencia, simultáneamente, multiplicando el efecto negativo para su imagen.

Hay que añadir, además, que MR componía algunas veces unos gestos faciales un tanto extraños, arrugando mucho la cara, y que efectuaba movimientos, digamos, “poco atractivos” con la lengua, con intención de mojar los labios, lo que provocó incluso, en algunos momentos (como al final del tercer turno del tercer bloque temático del debate II), que fuera visible al espectador un hilo de saliva pegado entre sus labios.

7. Resultados y discusión

El candidato que se lanza a un debate cara a cara sabe que puede estar jugándose el todo por el todo. Tanto es así que, en la historia reciente de la democracia española, la ausencia de debates de primer nivel ha tenido no poco que ver con el hecho de que, cuando un candidato estaba convencido de su victoria, prefería no arriesgarse a unos debates que, en caso de derrota, podían complicarle mucho los resultados electorales. En 2008, ante el práctico empate técnico en los sondeos, PSOE y PP

se decidieron a los debates, pactando y acotando hasta el último detalle del desarrollo de dichos eventos. Tras su celebración, las audiencias primero y el electorado después emitieron su veredicto: MR había perdido; RZ había ganado. ¿Por qué?

El líder del PP siguió en los debates la línea que su partido había mantenido durante el conjunto de la legislatura anterior, muy dura y crítica con el gobierno. Mostró, de hecho, globalmente un discurso muy destructivo en ambos encuentros, probablemente demasiado, mientras que RZ logró un mayor equilibrio en este sentido, combinando las críticas con un discurso constructivo que lo hizo parecer un candidato más sólido, un hombre de estado. Es más, el discurso constructivo fue, en MR, marginal no sólo cuantitativa sino también estratégicamente; RZ, sin embargo, supo articular sus intervenciones de manera que, quedando en primer término la faceta más constructiva, el ataque no dejara de estar presente, para dañar la imagen del adversario sin grandes daños colaterales para la propia. A ello se unió que MR se mostró más agresivo, más descortés, frente al intento de RZ de mantener ese talante del que habitualmente hace gala.

En los momentos retóricamente más importantes, RZ respondió mejor que su oponente. Así, en lo tocante al cuerpo central de los debates, el candidato socialista logró algunos cierres de turno bastante brillantes, algo especialmente importante en el primer debate, en el que cerraba los pares de turnos y, por consiguiente, los bloques temáticos. MR, sin embargo, ofreció, salvo contadas excepciones, unos finales de turno bastante neutros, sin un especial atractivo retórico. Y, en cuanto a las intervenciones de cierre de los debates, RZ estuvo más brillante, con un discurso bien planificado y ejecutado, retóricamente muy atractivo en ciertos momentos, frente a ciertos errores estratégicos cometidos por MR.

El candidato popular, además, titubeaba y parecía nervioso e inseguro, rasgos que se apreciaban en distintas dimensiones de su comportamiento, como la dicción o su inquieta mirada, y, en el segundo debate, el abuso de predicados doxásticos o la gran velocidad en la elocución, sin duda excesiva en determinados momentos. Esa debilidad se plasmó también en errores estratégicos que parecían mostrar que ni siquiera él estaba convencido de su victoria, resignándose implícitamente, en ocasiones, a la derrota. Los factores visuales, por su parte, fueron, probablemente, de capital importancia, con un MR que leía mucho y cuya mirada se desplazaba rápida y constantemente de un lugar a otro (el crono –su gran obsesión–, la mesa, etc.), permaneciendo fija en su adversario mucho

menos tiempo de lo estratégicamente conveniente. RZ, sin embargo, mostró un mayor aplomo en su comportamiento: su elocución fue más pausada, mirando mucho menos sus papeles (especialmente en los momentos clave) y también escasamente al crono; en contrapartida, miraba fijamente a la audiencia en los turnos de inicio y cierre, y fijamente a su adversario durante la mayor parte del tiempo del cuerpo central de los debates.

Y se podrían analizar otros muchos factores, como el tono elocutivo más vivo de RZ (acompañado de mayor gesticulación) frente al tono más monocorde y gestualmente más inexpresivo de MR, o ciertos problemas de imagen de éste último. Lo cierto es que el conjunto de factores hizo que el socialista resultara el candidato más atractivo a las audiencias, que lo auparon como ganador. Y, conviene insistir, ello no tiene necesariamente que ver con el hecho de haber presentado mejores argumentos o de ofrecer mejores políticas o de ser mejor persona. Hablamos de oratoria, de retórica y de persuasión. No tiene por qué ganar el mejor (ni al contrario, claro está): gana quien es capaz de hacer *sentir* a los votantes que es el merecedor de su voto.

8. Conclusiones

Al final del apartado 1 de este trabajo se marcaba como objetivo responder al interrogante de qué motivos pudieron llevar a la audiencia a considerar que RZ fue el ganador de los debates analizados. En respuesta a dicho interrogante, los diversos análisis realizados han demostrado la existencia de significativos puntos fuertes/débiles en el comportamiento discursivo de uno y otro candidato, entre los que destacan:

1. MR ejecutó un discurso excesivamente destructivo y agresivo, mientras que RZ logró ofrecer una imagen más equilibrada en este sentido.
2. RZ mostró mayor brillantez retórica en momentos clave de los debates, mientras que el comportamiento de MR fue más débil en este sentido.
3. MR se mostró titubeante, nervioso e inseguro, frente a una actitud de mayor aplomo y confianza de RZ.

RECONOCIMIENTOS

El presente trabajo forma parte de la investigación desarrollada en el proyecto “Comunicación en la Empresa y en las Instituciones: Análisis del discurso y Retórica” (HUM2007-61936FILO), financiado por el Ministerio de Educación del Gobierno de España.

Quede expreso mi agradecimiento a la Academia de las Ciencias y las Artes de la Televisión de España, que gentilmente me remitió sendas copias (en DVD) de los debates analizados. Mi agradecimiento también a Teun A. van Dijk, Esperanza Morales López y Francisco Fernández Espejo por sus útiles comentarios acerca del manuscrito original del este trabajo.

Francisco Fernández García

Universidad de Jaén

Profesor Contratado Doctor

fcofer@ujaen.es



Referencias Bibliográficas

- Argentin, G., Ghiglione, R. y Dorna, A. (1990): “La gestualité et ses effets dans le discours politique”, *Psychologie-Française*, 35, pp. 153-161.
- Atkinson, J. M. (1984): *Our Master’s Voices. The Language and Body Language of Politics*, Londres: Routledge.
- Becker, A. (2007): “‘Are you saying...?’ A cross-cultural analysis of interviewing practices in TV election night coverages”, A. Fetzer y G. E. Lauerbach (eds.), *Political Discourse in the Media. Cross Cultural Perspectives*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 109-137.
- Blas, J. L. (2001): “‘No diga chorradas...’ La descortesía en el debate político cara a cara. Una aproximación pragma-variacionista”, *Oralia*, 4, pp. 9-45.
- Blas, J. L. (2003): “‘Perdóneme que se lo diga, pero vuelve usted a faltar a la verdad, señor González’: form and function of politic verbal behaviour in face-to-face Spanish political debates”, *Discourse & Society*, 14, pp. 395-423.
- Blum-Kulka, S. (1983): “The dynamics of political interviews”, *Text*, 3, pp. 131-153.
- Brown, P. y Levinson, S. C. (1987): *Politeness. Some Universals in Language Use*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Chilton, P. y Schäffner, C. (2002): “Introduction: themes and principles in the analysis of political discourse”, P. Chilton y C. Schäffner (eds.), *Politics as Text and Talk: Analytical Approaches to Political Discourse*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 1-41.
- Cocho, F. y Villamor, L. (1993): *Cara a cara. Las elecciones generales de 1993*, La Coruña: La Voz de Galicia.
- Fernández García, F. (2000): *Estrategas del diálogo. La interacción comunicativa en el discurso político-electoral*, Granada: Método Ediciones.
- Fernández García, F. (en prensa): “(Des)cortesía y pugna dialéctica en el debate político-electoral”, *Oralia*, 12.
- Grice, P. (1975): “Logic and conversation”, P. Cole y J. L. Morgan (eds.), *Syntax and Semantics 3: Speech Acts*, Nueva York: Academic Press, pp. 41-58.
- Haverkate, H. (1994): *La cortesía verbal. Estudio pragmalingüístico*, Madrid: Gredos.

- Hernández Flores, N. (2005): “Cortesía y oscilación de la imagen social en un debate televisivo”, J. Murillo Medrano (ed.), *Actas del II Coloquio del Programa EDICE*, Estocolmo-Costa Rica: Universidad de Estocolmo-Universidad de Costa Rica, pp. 37-53.
- Jaworski, A. y Galasinski, D. (2000): “Vocative address forms and ideological legitimization in political debates”, *Discourse Studies*, 2, pp. 35-53.
- Lauerbach, G. E. y Fetzer, A. (2007): “Political discourse in the media. Cross cultural perspectives”, A. Fetzer y G. E. Lauerbach (eds.), *Political Discourse in the Media. Cross Cultural Perspectives*, Amsterdam: John Benjamins, pp. 3-28.
- Locher, M. A. (2004): *Power and Politeness in Action. Disagreements in Oral Communication*, Berlin: Mouton de Gruyter.
- Morales López, E. y Prego Vázquez, G. (2002): “Entrevistas electorales en las campañas políticas para la Presidencia del Gobierno de 1996 y 2000”, *Oralia*, 5, pp. 203-246.
- Verschueren, J. (1979): “The Great Debates ‘76: An Essay on Language and the Presidency”, *Antwerp Papers in Linguistics*, 17, pp. 17-70.
- Wilson, J. (2003): “Political Discourse”, D. Schiffrin, D. Tannen y H. E. Hamilton (eds.), *The Handbook of Discourse Analysis*, Oxford: Blackwell, pp. 398-415.